

“Niño, qué es una vida amargada por la envidia y el odio, las riñas y peleas? Únicamente las horas de amor, de dulzura y de paz son horas de vida.”



20 ¡Pégale al Lucas!

En la fiesta del pueblo, un hombre fuerte y con brazos colosales da un golpe prodigioso con el martillo sobre el “Lucas” (como se le dice, en alemán, a los “tontos”, y por extensión, a esa pieza de la máquina de feria que se aporrea con un martillo n.d.t.). El “Lucas” sale disparado por los rieles verticales, llega al tope y está a punto de romper la campana. El hombre repite su golpe, una y otra vez, mostrándoles a todos lo que es fuerza.

En el recreo, cuatro chicos han rodeado al joven Lucas, no hay forma de escaparles. Él ya sabe lo que le van hacer. “Vamos a darte una paliza”, le grita uno y ya todos aprietan los puños. ¿Qué ha hecho? ¡Vaya, qué pregunta! Él es el Lucas, el tonto, el gordo, el miedoso. Él ya sabe lo que es violencia.

Suena la campana – se acaba el recreo. Lucas se desliza en el aula y solloza.

He aquí tres reacciones posibles:

Maestro A: “¡Abren el atlas en la página 27!”

Maestro B: “¿Qué te ha sucedido, has tenido nuevamente problemas? Siempre lo mismo.”

Lucas: “Me han vuelto a pegar” *Maestro B:* “Tienes que defenderte o nunca serás un hombre. ¡Abre ahora el atlas en la página 27!”

Maestro C: “Lucas, has estado llorando. ¿Te ha sucedido algo?”

Lucas: “Me han vuelto a pegar”

Maestro C: “¿Otra vez? ¡Esto no puede seguir así! Guarden el atlas y acerquense a mí con sus sillas, vamos a discutir este asunto.”

Los maestros se merecen bien su pausa-café, al fin de cuentas, la enseñanza es una actividad exigente y cansadora. En la mayoría de los casos, la

vigilancia del recreo funciona correctamente. Afortunadamente, no todos los colegas comparten la idea, de que “uno no se debe inmiscuir en los asuntos de los niños”, alegando que “ellos se las arreglan entre sí y que tienen que aprender a cuidarse ellos mismos.” Si queremos saber lo que se oculta tras esa manera de pensar, observemos con atención un gallinero. La ley es clara, ahí, el fuerte domina y los débiles bajan la cabeza.

Es cierto que, en muchos sitios, la violencia en la escuela, o en el camino hacia la escuela, sigue siendo inexistente. Sin embargo, en otros, es una terrible realidad. Ahí, las peleas son cotidianas, y no sólo con los puños sino con patadas y hasta con puño de acero, a menudo en plena cara – sin pensar en las posibles heridas que causarán. Peor aún, hoy en día, los jóvenes saben utilizar métodos mafiosos, ofreciendo “protección” a cambio de dinero o de pequeños servicios. Y el colmo es cuando ejercen presión psicológica: “Cuidado, si nos denuncias, te costará la vida.” Y de esta manera obtienen el silencio que les permite dominar.

Cómo se sabe, las chicas también siguen por este camino. La expansión de este fenómeno hace que nos preguntemos porqué surgen estos comportamientos. Si lo atribuimos a la transformación del entorno social, damos una respuesta demasiado general. Yo lo asigno a los aspectos siguientes:

- Los Diez Mandamientos del Antiguo Testamento - que por siglos requerían y mantenían el comportamiento moral de la gente, han dejado casi por completo de servir de referencia. Hace cincuenta años, los jóvenes obedecían, espiritual y formalmente, a esas leyes. Un motivo para renunciar a la violencia y respetar al prójimo era el no querer pecar. Pero ya esto es historia.
- Nuestra sociedad se ha convertido en una sociedad competitiva, en la que rige la ley de “quítate tú para ponerme yo”. Una sociedad en la que todos los medios se permiten, ya que “tus problemas no son los míos, y lo que vale es lo que a mí me favorece!” Naturalmente, no todos piensan y actúan así, pero muchos sí, y sirven de ejemplo. Los jóvenes se nutren de esos ejemplos como de leche materna.
- Las posibilidades que ofrecen los medios de comunicación han aumentado increíblemente. Sin embargo, muchos de los que están involucrados en la producción de estos medios se comportan de manera irresponsable. Siempre hay quienes están dispuestos a hacer lo que sea por dinero. Es así como

ha surgido una cultura de masas en el campo musical, de la televisión, de los juegos de computación e internet que se caracteriza por su agresividad, violencia y brutalidad. El sumergirse, regularmente, en estos medios no puede dejar de tener consecuencias.

- El deporte también ha perdido gran parte de su aspecto lúdico y recreativo. La idea del *fairness* o “juego limpio”, en la que ganar es secundario y lo que cuenta es respetar el espíritu del juego, ha perdido vigencia. Se inventan deportes cada vez más brutales. Por eso, hay quienes ya consideran como deporte el caerle a puños y patadas al adversario dejándolo noqueado. Basta con ser miembro de un equipo para querer destrozarse a los del equipo opuesto. Dado que una mayoría de jóvenes sólo se interesa por el deporte, esta cultura deportiva brinda un ejemplo desastroso.
- Nuestra sociedad no ha logrado resolver los problemas vinculados a la inmigración de personas procedentes de otros países y culturas. Con esto no pretendo acusar a nadie, sólo deseo subrayar el hecho de que en el contexto de conflictos étnicos crece la predisposición personal a la violencia y se vuelve colectiva. Poco se puede lograr pedagógicamente, pues los que están dispuestos a renunciar a la violencia, sufrirán las sanciones de la colectividad a la que pertenecen.

Como consecuencia de todo esto, se nos exhorta – y muy justamente – a *prevenir la violencia*, ante todo en el hogar y también en la escuela. Si me preguntan, qué es la “prevención de la violencia” en la escuela, les diré simplemente que todo el propósito de este libro es el de prevenir la violencia. Es absurdo que se organice la enseñanza con tan poca psicología y pedagogía, convirtiéndola en un terreno abonado para la violencia, y que luego pretendamos cerrar las heridas profundas con unos cuantos esparadrapos. Al contrario, debemos organizar las clases para que, durante toda la escolaridad, podamos cultivar el terreno que nos permitirá llevar una vida común sin violencia. Concretamente, esto significa que debemos subordinar la pura transmisión de conocimientos a la elaboración de un sentido comunitario. Necesitamos clases que sean comunidades estables, en las que se pueda ir tejiendo una red de relaciones emocionales. Necesitamos instituciones de dimensión humana para que el alumno, como persona, no se vea sumergido en la masa y no pierda así su sentido de responsabilidad personal. Necesitamos

relaciones duraderas entre los alumnos y el maestro, en las que aprendan a conocerse y a tomarse en serio. También precisamos tiempo suficiente para poder resolver de manera correcta, tanto desde el punto de vista psicológico como pedagógico, los conflictos que surgen a diario. Las lecciones limitadas a cuarenta y cinco minutos, el uso exagerado de especialistas para cada materia (que tal vez se pueda justificar a nivel de bachillerato), la concentración de los alumnos del ciclo superior en grandes centros escolares, la constante reagrupación de los alumnos en cursos de niveles distintos para ciertas materias (escuela integrada), la reducción del maestro a un simple organizador – todo esto tiende a favorecer el surgimiento de la violencia. De una vez por todas, deberíamos impedir que la educación siga yendo en sentido contrario.

El problema es serio, y no sólo concierne a la escuela, como institución, sino a toda la sociedad. Si no optamos por resolver primero los conflictos, antes de convertirnos en transmisores de conocimientos, el potencial conflictivo irá en aumento. Terminaremos por no saber a quién acudir. La atmósfera de nuestra vida comunitaria está marcada por luchas, falta de consideración por los demás, peleas y violencia. Todas las manifestaciones sensibles del alma humana como la compasión, el cariño, la comprensión, la solicitud o la amistad se están desvaneciendo. Se aprende sin placer alguno, bajo presión y con amenazas, y a lo sumo, satisface así la ambición de los alumnos aplicados.

He aquí también unas cuantas palabras respecto a la *resolución de los conflictos*. Debemos comprender, que la pugna constante o la explosión de violencia no es el conflicto en sí, sino más bien un intento – inapropiado, es cierto – para resolver un conflicto. El conflicto verdadero se encuentra en profundidad, está ardiendo, latiendo y rampando en el ámbito de los sentimientos. El miedo, las agresiones, los resentimientos, las decepciones, las heridas, los sentimientos de inferioridad y las pulsiones más bajas alimentan y dominan el conflicto. En los desacuerdos manifiestos, estos sentimientos presionan y determinan nuestro comportamiento.

Según los tres tipos de existencia a los que se refiere Pestalozzi, el enfrentamiento violento es la manera de resolver los conflictos cuando se está en la *condición natural*. Cada uno de los involucrados utiliza el poder que tiene para imponer sus opiniones o intenciones. Esto comienza por una manipulación sutil, prosigue con una argumentación que puede ser inteligente pero llega a ser obstinada, se agrava con presión psicológica y termina en pura violencia física. El resultado es siempre claro: el más fuerte gana.

Las estrategias institucionalizadas para resolver los conflictos en la *condición social* han sido concebidas para impedir esa lucha de todos contra todos – al menos la pelea física – para proteger así a los más débiles. Estos pueden recurrir al poder social para beneficiarse de lo que por ley les corresponde. El que tiene la ley a su favor, gana.

En la *condición moral*, cuando se trata de resolver conflictos, se va buscando la causa primera del conflicto, de esta manera, se considera seriamente toda la situación de las personas implicadas. Así, compartimos los sentimientos, necesidades y deseos del otro, renunciamos a las ventajas egoístas y nos sentimos incentivados para acercarnos al otro con comprensión y amor, y para encontrarle una solución creativa al conflicto. Básicamente no hay perdedores, pues todos han querido la solución encontrada.

La solución de conflictos en la *condición moral*, sólo es posible cuando hay vínculos personales estrechos, y que estos forman parte de la “existencia individual” de las personas. Los conflictos de intereses colectivos no se pueden tratar de esta manera, pues son cosa de los mecanismos sociales para resolver conflictos. Ambas estrategias para resolver problemas, la moral y la social, tienen por meta la de evitar o reemplazar la estrategia de solución de conflictos basada en la pura ley del más fuerte.

La escuela – que por un lado realiza una enseñanza a nivel personal, y en la que por otro, como institución pública, obedece a las leyes y directivas de la condición social – también tiene la tarea de reemplazar los intentos de los alumnos para arreglar conflictos, basados en el poder personal (justamente esas explosiones de violencia) por soluciones a nivel moral o social.

En la solución *moral* de conflictos, la *educación o desarrollo psicológico-espiritual* de todos los implicados se sitúa en primer plano, en cambio, en la *social*, se le da prioridad a la *protección de los más débiles*. En cuanto al problema de la violencia, ya citado, para la estrategia *moral* lo que importa es la *prevención*, y para la *social* es la *represión*. Esta es siempre necesaria cuando, por algún motivo, la prevención no funciona. Y como, por experiencia, la prevención no siempre funciona, pues la represión es inevitable, mismo si nos duele poner límites con castigos o mediante otras reglas y medidas coercitivas.

A los pedagogos nos duele tener que tomar tales medidas. Por eso, mientras lo podamos, nos acogemos a la prevención. Esta reposa en el permanente cuidado que se le pone a la solución de los conflictos a nivel moral. Descartamos así, de una vez, la búsqueda de un culpable para castigarlo. Preferimos la comprensión mútua y encontrar soluciones para el futuro. Renunciamos a ejercer

la fuerza. Sin embargo, la autoridad del maestro es necesaria. Ella se arraiga en esa manera de tomar en serio al alumno, en nuestra forma de actuar de forma consecuente, es decir, basada en los valores que proclamamos para que confíen en nosotros como personas. Las discusiones que se realizan en este espíritu, no tratan sólo de solucionar el conflicto del momento, sino que buscan un acercamiento de todos los que se hayan implicados en él. De esta manera, se mejora la atmósfera general y disminuyen constantemente las ocasiones conflictivas. ¡No temamos nada, la enseñanza escolar no se verá afectada si le damos preferencia al cuidado de las relaciones comunitarias, al contrario!

Aquí es cuando Thomas Gordon, con su método “nadie-pierde” para resolver conflictos, tiene interés. Gordon es particularmente conocido por sus libros “La asamblea familiar”, “Padres eficaces y técnicamente preparados” y “Maestros eficaces y técnicamente preparados” así como por otros escritos sobre temas similares. Se trata siempre y básicamente de lo mismo, o sea, de que al resolver problemas no haya ni perdedores ni ganadores. Nadie debe vencer al otro y todos tienen que ganar – es decir, ganar calidad de vida y humanidad. Esto solamente es posible si tomamos en serio nuestros propios sentimientos y los de los alumnos.

Pero también debemos ver los límites de este método que supone, ante todo y básicamente, la buena voluntad de todos los participantes, y esto no es únicamente todo, sino que es decisivo. Desgraciadamente, muchas veces es difícil o imposible despertar esa buena voluntad en jóvenes que, hasta ese entonces, han conocido el éxito de su superioridad física. Lo único capaz de relajar a esos jóvenes dispuestos a pelear en todo momento, es la autoridad de un educador con mucha personalidad pero una autoridad arraigada en el amor, convincente y capaz de hablarle directamente al corazón de estos jóvenes. De otro modo, sólo queda recurrir a las medidas represivas que ofrece el nivel social, para proteger a los demás.

Tal vez llegue el día en que nos demos cuenta de que lo que le falta a nuestro mundo no es tanto gente culta, como bien educada. Entonces, las escuelas podrán realizar finalmente la tarea de educar a los niños para que se conviertan en verdaderos seres humanos. Nadie le pegará más al Lucas que nombramos al inicio de este capítulo, y los tozudos, con el excedente de fuerza que tienen podrán ganarse puntos en las máquinas de las ferias populares.